



EL POPULISMO COMO POLÍTICA RELIGIOSA Y COMO RELIGIÓN POLÍTICA

O Populismo Como Política Religiosa e Como Religião Política

Populism as Religious Politics and as Political Religion

Loris Zanatta ^{1*}

RESUMEN

El artículo explora el populismo como nostalgia holística, definiéndolo como un imaginario político que idealiza un pasado de pureza y armonía del pueblo, corrompido por las élites y restaurado por líderes redentores. El populismo se analiza como una mentalidad que sacraliza la política, transformándola en una religión laica, donde el pueblo único busca la regeneración a través de revoluciones o reformas. El artículo contrasta el pueblo populista (orgánico, homogéneo) con el pueblo constitucional (plural, laico), destacando la tensión entre visiones holísticas y pluralistas. El populismo alimenta narrativas apocalípticas, polariza las sociedades y utiliza cuestiones como la migración y la ecología para movilizar pasiones colectivas. En este sentido, aunque la democracia secular ha mitigado parte del impulso populista, la secularización no es lineal, y el populismo resurge en contextos de crisis, reavivando los conflictos entre identidad sagrada y pluralismo profano. La resistencia del populismo se atribuye a su capacidad para ofrecer sentido y pertenencia en un mundo percibido como fragmentado.

Palabras-chave: Democracia; nostalgia holística; populismo; religión política.

RESUMO

O artigo explora o populismo como uma nostalgia holística, definindo-o como um imaginário político que idealiza um passado de pureza e harmonia do povo, corrompido por elites e restaurado por líderes redentores. O populismo é analisado como uma mentalidade que sacraliza a política, transformando-a em uma religião secular, onde o povo uno busca regeneração através de revoluções ou reformas. O artigo contrasta o povo populista (orgânico, homogêneo) com o povo constitucional (plural, secular), destacando a tensão entre visões holísticas e pluralistas. O populismo alimenta narrativas apocalípticas, polariza sociedades e instrumentaliza temas como migração e ecologia para mobilizar paixões coletivas. Nesse sentido, embora a democracia secular tenha mitigado parte do impulso populista, a secularização não é linear, e o populismo ressurgue em contextos de crise,

^{1*} Universidade de Bologna. Professor do Departamento de Ciências Políticas e Sociais da Universidade de Bologna. E-mail: loris.zanatta@unibo.it. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0547-1920>.

reacendendo conflitos entre identidade sagrada e pluralismo profano. A resistência do populismo é atribuída à sua capacidade de oferecer sentido e pertencimento em um mundo percebido como fragmentado.

Palavras-chave: Democracia; nostalgia holística; populismo; religião política.

ABSTRACT

The article explores populism as a holistic nostalgia, defining it as a political imaginary that idealizes a past of purity and harmony of the people, corrupted by elites and restored by redemptive leaders. Populism is analyzed as a mentality that sacralizes politics, transforming it into a secular religion, where the one people seek regeneration through revolutions or reforms. The article contrasts the populist people (organic, homogeneous) with the constitutional people (plural, secular), highlighting the tension between holistic and pluralistic visions. Populism feeds apocalyptic narratives, polarizes societies and uses issues such as migration and ecology to mobilize collective passions. In this sense, although secular democracy has mitigated part of the populist impulse, secularization is not linear, and populism resurfaces in contexts of crisis, rekindling conflicts between sacred identity and profane pluralism. Populism's resistance is attributed to its ability to offer meaning and belonging in a world perceived as fragmented.

Keywords: Democracy; holistic nostalgia; populism; political religion

1. INTRODUCCIÓN

Del populismo no se puede más. Pero es imposible prescindir de él. Es como las drogas: cuanto más se consumen, más difícil es dejarlas. Alguna vez se intentó abolir la palabra, pero luego surgían cosas, se producían acontecimientos que obligaban a usarla. Por una sencilla razón: porque invocaban el «pueblo». No había forma de llamarles de otra manera. Así que la palabra arrojada por la puerta volvía a entrar por la ventana.

De ahí que la palabra populismo, como un río cárstico, siempre resurja. Y siempre plantea los mismos problemas. ¿Qué significa? Igual que al hojaldre se le hace un agujero en el centro si lo estiras demasiado, lo mismo ocurre con palabras tan vastas y vagas, comunes y obvias, que significan demasiado y, por tanto, nada definido. Así que al final cada uno las cocina como quiere: populismo à la carte. A partir de ahí, claro, entenderse se vuelve arduo y los soliloquios se alternan con las cacofonías. La búsqueda del «núcleo ideal» del populismo se ha convertido así en la caza del Eldorado: no me consta que se haya encontrado nunca. Definirlo es uno de los deportes más populares del mundo. Las bibliotecas rebosan de definiciones y los manuales también: cada vez más largas, articuladas, complejas. Definiciones estructuralistas y definiciones «ideacionistas», enfoques políticos estratégicos y enfoques socioculturales (Kaltwasser et al, 2017). Populismos a go go: de

Europa a África, del Islam a Oceanía, de la política a la arquitectura, de la naturaleza a la cultura, de la sexualidad a la felicidad. ¡Cuántos estudios sobre el populismo! Mantenerse al día es imposible.

Por eso, he desarrollado una estrategia de supervivencia: quito en lugar de añadir, simplifico en lugar de complicar, seco en lugar de mojar. Los platos sencillos son los mejores. Así que hoy tengo en mis manos un hueso de sepia, una definición minimalista, un núcleo ideal reducido al mínimo. No sé si sirve para usarla, pero espero que sirva para entenderla. Para mí, lo que llamamos populismo es el nuevo nombre de una cosa muy antigua, yo lo llamo «nostalgia holística». Eso es todo: el populismo es una nostalgia holística. Parece poco, pero es mucho y eso es lo que intentaré explicar.

Para empezar, mejor aclararlo, estrecho el zoom y delimito el campo, hablo de populismo como un imaginario, una mentalidad, un sentimiento, una mezcla de estas cosas. Un imaginario familiar a todos con el que todos nos medimos, no una gracia o un virus tocado a algunos al que otros serían inmunes. El populismo no es un estilo político particular o una peculiar composición social, una forma agresiva de comunicación o una torpe gestión económica. O mejor dicho: es también todo eso, pero eso es humo o espuma, el asado o el champú están río arriba, están en el «pueblo», en una noción específica de pueblo, en la idea populista de «pueblo». Pues bien, el «pueblo» del populismo evoca una «nostalgia holística».

Vayamos por orden. Empecemos por la nostalgia. La nostalgia implica un «érase una vez». Y de hecho, al hacerle caso, el «érase una vez» del populismo es más o menos siempre el mismo. Érase una vez un pueblo puro e inocente, el pueblo original. Pero entonces ese pueblo original se corrompió, su armonía se convirtió en caos y conflicto. De sus entrañas surgió una élite que socavó su unidad, erosionó su identidad, conculcó su soberanía: unidad, identidad, soberanía, palabras fundamentales en el léxico populista. Hasta que un profeta, un líder carismático o un místico venido de quién sabe dónde, en definitiva un redentor, vino a redimirlo, a salvarlo. Redención que en el lenguaje secular moderno se llama revolución. No es casualidad que no haya populismo, democrático o autoritario, civil o militar, religioso o moral, que no la invoque, que no anuncie su revolución. La expiación revolucionaria es el apocalipsis que anuncia la regeneración del pueblo, el impulso regenerador de todo populismo (Berlin, 1969). Así purificado, el pueblo aparecerá como lo que es, un pueblo elegido en camino hacia la tierra prometida, hacia un destino escatológico que lleva al reencuentro con la pureza de sus orígenes, la armonía de sus comienzos. Ahí es adonde le conduce la nostalgia. Por mucho que se proyecte hacia el futuro, la utopía populista es, bien mirada, una utopía regresiva, aspira a restaurar lo que se ha perdido.

Puede parecer una historia trillada, una fábula remendada, pero evoca uno de los mitos más

arraigados y duraderos, más populares y viscerales de la historia. No es casualidad que el mito del eterno retorno sea un mito recurrente en las principales tradiciones religiosas (Eliade, 2011). Un mito que ya rondó la antigüedad clásica, para quedarse en el mundo occidental, pero que tiene homólogos en el mundo oriental y precolombino, en muchos credos animistas o paganos, un mito que los padres de la Iglesia cristiana elaboraron y transmitieron, enriquecieron e inculcaron. No hace falta mucho para ver en él la parábola bíblica: Jardín del Edén, pecado original, diáspora y esclavitud, pueblo elegido, liberación y plagas, Jerusalén.

Algunos estarán tentados de observar con escepticismo que se trata de cosas viejas que la secularización ha barrido, que el populismo es una cosa moderna, nos han enseñado los politólogos, una cosa de democracia y soberanía popular (Mény; Surel, 2001), no tiene sentido rascar tan atrás y tan hondo. Será. Pero, ¿es realmente la modernidad un mundo aparte poblado por una humanidad diferente? Lo sagrado se disfraza hoy de profano. Los ídolos modernos, incluso los más banales, desde la estrella del deporte hasta el influencer de moda, son tótems seculares en los que convergen antiguos impulsos religiosos, impulsos que el populismo traslada a la arena política, sacralizando a un pueblo que a primera vista no parecería sagrado. En este sentido, el populismo es la cara moderna de un imaginario antiguo, el rostro que del encanto de un mundo dominado por lo sagrado sobrevive al desencanto de la modernidad (Weber, 2012).

Poco importa que los populistas contemporáneos lo sepan o no, que sean conscientes o no, pero esta narrativa viene de lejos, también de los orígenes. De las Formas de Platón a la religión de los antiguos egipcios, de Plotino a San Agustín, de Martin Heidegger a Jorge Mario Bergoglio, la perfección es propia de los comienzos, la historia es degeneración, es corrupción de la armonía y de la inocencia (Popper, 2017). ¿Por qué no? ¿No se aplica a todo organismo vivo? ¿No va de la pureza de la infancia a la senectud y la muerte? ¿Por qué no pensar lo mismo de los pueblos? También los pueblos, como las personas, temen y se resisten a la fugacidad, sueñan con la vida eterna, idealizan una edad de oro perdida que esperan restablecer. Aunque los creyentes lo niegan y se enfurecen al oírlo, los que no tienen fe sospechan que las religiones nacen con este fin. Los populismos son, de nuevo, las expresiones seculares, políticas y sociales de esta nostalgia, de la aspiración a frenar la degeneración restableciendo la pureza del pueblo.

Pero la nostalgia populista, decía, es una nostalgia holística y el adjetivo no es menos importante que el sustantivo. Al contrario. Es el adjetivo el que introduce al pueblo del populismo. La palabra es lo que es y yo solía evitarla, pero resulta que está más de moda que nunca, y no sólo gracias al Pilates. Debe de ser el espíritu de los tiempos. El pueblo de la Edad de Oro, el paraíso

perdido de los populismos, es un pueblo holístico, un todo que supera la suma de sus partes, un colectivo en el que se funden los individuos. Es como un organismo vivo, cada uno su papel, cada uno su función, una historia común y un destino común. Es una comunidad orgánica, en definitiva, que expresa, como diría Rousseau, una «voluntad general», un pueblo que se alegra y sufre unido y que como uno odia y ama (Mudde, 2019). Unidad, armonía e identidad son, repito, las palabras clave del léxico populista, los rasgos genéticos de su nostalgia. El pueblo holístico de los orígenes, en definitiva, el pueblo puro del populismo, es el «pueblo uno»: su «mayor bien», Platón dixit, es «ser uno», una polis, un pueblo.

Por eso algunos lo llaman «pueblo mítico». No por casualidad. Ni que decir tiene que un pueblo así no es un pueblo histórico, sino un lugar de la mente y una aspiración del espíritu. Un puerto para calmar el dolor de la naturaleza trágica de la historia, de la fugacidad de la vida, el miedo al destino individual. Los mitos no están hechos para ser verdad, sino para satisfacer la necesidad de quienes creen en ellos. Todas las visiones religiosas, insisto, están impregnadas de ellos. Y no sólo las religiones tradicionales, sino aún más las ideologías políticas totalizadoras herederas secularizadas de visiones religiosas. El mito del «pueblo uno» está tanto más arraigado cuanto más forma parte del subconsciente, cuanto más impregna una «cultura»: es así, y no por medios racionales, como alimenta el imaginario populista que anida en cada uno.

El imaginario, en definitiva, de un pueblo «natural» y eterno, puro e inocente, homogéneo y armonioso, ligado por la sangre de la etnia o la fe de la religión, la llamada de la tierra o la mística de la patria, la complicidad de la clase social o cualquier factor identitario erigido en perímetro de una comunidad holística, el pueblo de los honrados o de los misericordiosos, de la santa pobreza o de la bendita propiedad, del trabajo o de la profesión, de la afición deportiva o de la orientación sexual. Las fuentes identitarias del pueblo populista son infinitas y a menudo opuestas entre sí, no hay pueblo populista que tarde o temprano no genere por reacción un pueblo populista contrario. A cada uno nos ocurrirá de sentirnos atraídos por las razones de uno y repelidos por las del otro, de amar a unos y odiar a otros, pero como aquí no importa un juicio de valor sino comprender el núcleo ideal, las afinidades por encima de las diferencias, lo importante es señalar su naturaleza, lo que acabo de hacer, y sus efectos, lo que voy a hacer.

Para entenderlos, nada ayuda más que el contraste con el «pueblo racional legal», el pueblo constitucional. También éste, como el pueblo populista, es antiguo. Toda Esparta ha tenido siempre su Atenas, o viceversa, toda sociedad abierta su némesis identitaria, y viceversa de nuevo. Este pueblo no se inclina por las utopías salvíficas y las epopeyas guerreras del otro. No es un pueblo

natural, sino artificial, no invoca la pureza original, no pretende enderezar la madera torcida de la humanidad, no persigue la tierra prometida, procede por errores y correcciones, no cree en la armonía, busca, si acaso, regular el caos, administrar el conflicto, institucionalizarlo para que sea productivo en lugar de destructivo. Como tal tiene un aspecto poco atractivo: ¿quién en la tierra se deja seducir por un artefacto de la razón que tiene como hábitat las normas y las leyes, que antepone el contrato anónimo, impersonal, universal, al vínculo de sangre o de cultura? Si el pueblo populista es el pueblo de Dios, éste es el pueblo político, si aquél era sagrado, éste es profano, caliente e hirviente aquél, gélido éste, el pueblo populista es protector e inclusivo, el constitucional neutral y escéptico. Si el pueblo populista es el «pueblo uno», el pueblo constitucional es el «pueblo múltiple» (Zanatta, 2023). No importa si es blanco o negro, qué lengua habla o qué Dios reza o no reza, qué historia tiene y qué futuro imagina: es un pueblo de ciudadanos, pueblo son todos, pero cada uno por su cuenta, con una esfera propia que ninguna colectividad puede violar exigiendo fe y unanimidad, conformismo y homogeneidad.

2. LA POLÍTICA RELIGIOSA DEL POPULISMO

Expresión de una nostalgia holística, el populismo tiene una idea religiosa de la política. No porque tenga especiales relaciones con las religiones institucionales, aunque es bien conocida su influencia en el surgimiento de muchos fenómenos populistas (Taggart, 2000). Religiosa porque religioso es su imaginario político, ahora explícitamente, ahora disfrazado con ropajes laicos.

De hecho, y volveré sobre ello en la conclusión, el populismo contemporáneo tiende a ser híbrido, viviendo en el vientre de las democracias y adoptando modos y ropajes que atenúan o modifican su impulso holístico, su carga mesiánica. Es raro, al menos en Occidente, casi diría que sólo en Occidente, que se transforme como a menudo lo hizo en el pasado en un régimen populista basado en la fe populista. Señal, al fin y al cabo, de que aunque los populismos florecen en todas partes, el pueblo secular ha progresado, ha echado raíces, les sirve de dique de contención. Lo que no impide que su aflato unánimista se desborde en las redes sociales, templos modernos de la liturgia populista, se reproduzca en las cámaras de eco de las mil identidades que salpican nuestras sociedades como grupos tribales, hasta encontrar expresión en la vida política e institucional. Tampoco impide que el populismo mantenga intacta su aversión a lo «político». No es casualidad que Isaiah Berlin lo llamara «antipolítico». Se explica: nada más que la política divide la armonía idealizada del pueblo populista. La política, al fin y al cabo, la esfera política, una esfera política autónoma de la esfera religiosa, con los profanos que la pueblan, nace del reconocimiento de la

pluralidad e imperfección del pueblo, de ahí la necesidad de regular e institucionalizar sus conflictos fisiológicos. Por tanto, distribuye y equilibra el poder, representa la diversidad y da cuenta del disenso (Habermas, 2023). Una herejía para el imaginario holístico populista.

Como comunidad, como comunidad holística que presume de armonía, los populistas señalan a la política como un cancro artificial que desmenuza un organismo natural, como un artefacto mundano que rompe los designios celestiales. De ahí la naturaleza de su «eterno enemigo», la eterna élite corrupta que distorsiona al eterno pueblo puro, el alter ego satánico necesario para alimentar la utopía redentora. El enemigo del populismo es todo lo que rompe la unidad, amenaza la identidad, fragmenta la armonía del pueblo. Es el cambio, son las ideas y las innovaciones que trastocan la pureza ideal de los orígenes, es el individuo que con su libertad erosiona la cohesión holística del mundo y trastoca su naturaleza estática. Dicho de otro modo, el enemigo es todo cambio que desacraliza al pueblo, toda forma de desencanto secular. El enemigo es la degeneración de la historia, la civilización urbana que erosiona la comunidad campesina, el hereje que rompe la unidad de la fe, el inmigrante que socava la homogeneidad étnica, la idea extranjera que amenaza la cultura tradicional, la movilidad social que socava la unidad de clase, el libre comercio que rompe las fronteras y muta el consumo, la nueva tecnología que lo cambia todo, lo fragmenta todo. Muchas opciones para elegir. De ahí derivó Platón la idea de que el orden político ideal era la República capaz de frenar el cambio histórico: de detener, precisamente, la degeneración de la historia, la fragmentación del pueblo. A eso aspira la nostalgia holística de los populismos, su insuprimible invocación a la Ciudad de Dios, una nostalgia próxima a realizarse allí donde se convierten en regímenes y la historia parece detenerse, repetirse, regímenes donde uno es el pueblo, uno la patria, uno la fe, uno el líder, Dios y Rey, Caudillo y divinidad, Duce y Pontífice, alguien lo dijo en alemán, *ein Rech, ein Volk, ein Führer*.

Entendido así, el «eterno enemigo» del populismo no es un adversario legítimo, no es una de las infinitas voces de la cacofonía de un mundo caótico que no tiene fines concretos ni responde a ningún propósito predeterminado, a ningún designio providencial. Al contrario: el populismo señala a su enemigo como un cáncer que amenaza con matar al pueblo sagrado, como una enfermedad que lo contamina, una epidemia que lo infecta. Las metáforas organicistas, a estas alturas no debería sorprender, se repiten con frecuencia, fluyen con naturalidad en el lenguaje populista: nada como el lenguaje es espejo del alma, un reflejo de creencias arraigadas (Hegel, 2010). Pero si el enemigo es una cuestión de vida o muerte, si está en juego la identidad y la unidad del pueblo, la convivencia será imposible, la pluralidad un caballo de Troya, la política una falla: entre la censura y el exterminio hay obviamente un abismo, pero tal es la amplia gama de medidas a las que puede

conducir, y a menudo ha conducido, la nostalgia holística del pueblo.

Ni que decir tiene que en esa visión, la visión populista, la política ya no es el ámbito institucionalizado en el que el pueblo profano entierra las armas y se acoge a la ley, el ámbito en el que la tribu natural se disuelve en el pacto político racional. En absoluto. Desde este punto de vista, la política es la guerra del Bien contra el Mal, de la redención contra la condenación, del pueblo contra sus enemigos. No hay pueblo populista que no esté en guerra abierta o implícita contra un «enemigo del pueblo» omnipresente y a menudo omnipotente. No una guerra de poder o de intereses, sino una guerra religiosa, es más, una guerra moral. Una guerra en nombre de la religión del pueblo sagrado, la parte del pueblo que conserva su pureza original y que, por tanto, representa a todo el pueblo. Sólo él, sólo el pueblo sagrado del populismo tiene la llave del principio de identidad que la élite ha traicionado, sólo él desde la parte puede convertirse en todo, desde el uno plural, desde la fe de opinión.

3. LA RELIGIÓN POLÍTICA POPULISTA

La política religiosa del populismo aspira a convertirse en una religión política (Cesari, 2021), el pueblo elegido en todo el pueblo, su fe en la fe de todos, sus intereses en el bien común, su identidad en la identidad colectiva. Pero no es fácil volver a poner la pasta de dientes en el tubo: encauzar la pluralidad de las sociedades modernas por canales holísticos implica una compleja mezcla de coacción y persuasión, de catequesis y represión. Por eso los sistemas políticos y las dinámicas sociales impregnados de imaginario populista son tan inestables y conflictivos, se ven sacudidos constantemente por terremotos maniqueos, montañas rusas donde las instituciones, campo neutral de la democracia, crujen bajo la presión del pueblo sagrado y la inevitable reacción del pueblo profano. Mostrando su supuesta superioridad moral como un garrote, agitando amenazadoramente su igualmente supuesto monopolio de la legitimidad histórica y cultural, el populismo aspira a inclinar el campo de juego a su favor, a escribir las reglas del juego en su beneficio, a convertir a los infieles y combatir a los herejes: reformas constitucionales, revisionismo histórico, reforma de los programas escolares, abuso de decretos, asaltos a la autonomía del poder judicial, el populismo expresa de estas y otras mil maneras la urgencia de deshacerse del polo constitucional de la democracia como estorbo para apelar directamente al polo popular. ¿Por qué, reza el estribillo, las instituciones no electivas limitan el poder de quienes gozan de investidura popular? ¿Del beso sagrado del pueblo elegido?

En los casos más extremos, en los populismos realizados, en los populismos que han ascendido a la categoría de régimen populista, los populismos tenderán así a crear estados éticos, invocando ahora los orígenes y el destino común, ahora las leyes inmutables de la historia, ahora la misión que les ha confiado Dios, ahora las necesidades impuestas por el progreso. El Estado se dedicará entonces a crear una memoria compartida, a señalar una meta colectiva, a imponer su ideología como fe, a formar al hombre nuevo según el modelo del pueblo originario, órgano de un organismo. En los casos híbridos, los más frecuentes hoy, en los casos de populismos nacidos en democracia y en democracia obligados a vivir, el impulso populista se expresa en cambio en una oposición crónica y virulenta entre un nosotros y un vosotros, un pueblo y una casta, la verdad y el error, la víctima y el opresor, el esclavo y el amo. La paleta de mil colores de la democracia tiende así a convertirse en un cuadro en blanco y negro, en un juego de suma cero, el ganador se lo lleva todo, el perdedor está perdido. En la mayoría de los casos, al menos en Occidente, donde ha echado raíces más profundas, es probable que el entorno democrático normalice y metabolice la pulsión holística del populismo, desactivando su carga totalitaria. Pero en otros, ya ha sucedido, puede ser esta carga, como una tenia, la que vacíe gradualmente la democracia hasta convertirla en una cáscara vacía, un simulacro dentro del cual el populismo reine supremo.

El impulso populista de convertir la política religiosa en religión política se alimenta, por supuesto, de la nostalgia holística. Nostalgia holística que a su vez alimenta una mentalidad apocalíptica, rasgo fundamental del pueblo populista. Ya lo hemos visto: en la parábola populista, el apocalipsis anuncia la redención, el fin de los tiempos anuncia el nuevo comienzo. No hay tema, plaga, trauma que para la mentalidad apocalíptica no prefigure la inminencia del Día del Juicio, la señal divina que incita a la expiación, que no anuncie la salvación del pueblo. Por eso la mentalidad apocalíptica del populismo alimenta el miedo: castigar y redimir, culpabilizar y convertir, proyectar, planificar, organizar, dirigir al pueblo, reunir lo separado, integrar lo disgregado, purificar lo corrompido, recrear, en una palabra, el «pueblo uno». ¿No será, decía un populista típico de nuestro tiempo, hora de «rescatar la mentalidad apocalíptica»? ¿No será que «la idea del Reino», de la tierra prometida, de la armonía holística todavía tiene «algo que decirnos»? (Zanatta, 2025). Como historiador, no conozco ninguna época histórica que no se haya visto acosada, incluso aterrorizada, por el inminente apocalipsis. La historia está repleta de grandes apocalípticos, desde Paulino de Nola hasta Fidel Castro, convencidos de que con ellos se acabaría el mundo, ¡y que casualmente les tocaba a ellos presenciar el juicio final! De la bomba demográfica al armagedón nuclear, de la trampa maltusiana al calentamiento global, mi generación ha vivido y vive a menudo al borde del apocalipsis. En el pasado aún más, no había señal de la naturaleza, huracán o sequía, mensaje de las

estrellas o coincidencia de la Cábala, que no fuera un claro indicio de ello, que no nos incitara a invocar a un Dios para salvar al pueblo. Los modernos somos en este sentido iguales a los antiguos y seremos de hecho los antiguos de los futuros modernos, que supongo tendrán los mismos temores que nosotros.

Tomemos los grandes temas de hoy, aquellos que se prestan tan bien a la mentalidad apocalíptica, a su insaciable furia redentora: por tanto, a la nostalgia holística, a alimentar el impulso populista. La inmigración, el perejil de nuestros tiempos, el plato de todas las épocas históricas (De Haas, 2023). Nada como las migraciones, desde siempre y para siempre, rompe las cadenas de las tribus autárquicas, de los pueblos holísticos, erosiona y fragmenta las comunidades más o menos cohesionadas o que cohesionadas se perciben frente a su desafío, desafío que amenaza por tanto el mito del pueblo uno. La mentalidad apocalíptica del populismo se deleita. Algunos, contra la migración, invocarán una imaginaria edad de oro de homogeneidad étnica y cultural, una identidad primordial, una armonía holística mítica corrompida por la llegada del extranjero. Otros, celebrando las migraciones, elevarán a los migrantes a víctimas de la marcha despiadada y de la degeneración de la historia, a inocentes buenos salvajes enviados a redimir nuestras existencias pecadoras con su virtud incontaminada. Los propios migrantes se verán tentados a idealizar sus vínculos comunitarios para protegerse de lo desconocido del nuevo mundo hasta el punto de exacerbar su identidad y sus rasgos intolerantes, para imponer la tiranía del pueblo. Cada uno, pero cada uno desde su propia perspectiva, elevará así a su pueblo a pueblo mítico, todos predicarán o exigirán el sacrificio de la libertad individual por la salvación colectiva.

La ecología. Cuidar el medio ambiente es algo noble y necesario, útil y virtuoso, pero también complejo y problemático. El pueblo profano sabe que no hay consenso al respecto y nunca lo habrá, por eso debate, propone, se equivoca y se corrige, se vuelve a equivocarse y se vuelve a corregir. Pero el pueblo sagrado del populismo no quiere escuchar discursos, no tolera mediaciones: ¡se acerca el apocalipsis! El ecologismo integral censura el debate plural con el dogma de fe, a la comparación racional prefiere el chantaje moral (Figuerola, 2023). ¿Quién duda? ¿Quién se opone? ¡Hereje, enemigo, negacionista! No le importan las posibles soluciones, le importa la catarsis, la conversión y la redención, la devolución del pueblo a la pureza de la infancia inocente, re-sacralizar el pueblo profano. ¿Existe causa más adecuada a la visión catastrófica del mundo? ¿Más coherente con la concepción holística de la creación? ¿Más acorde con la idea de que la libertad es un pecado y la historia degeneración?

Llegados a este punto deberíamos entender por qué los populismos son tan resistentes.

Porque todo intento de liberarse del fenómeno y de la palabra fracasa. Porque vuelven implacables, populares, capaces de infinitas metamorfosis y de desencadenar nuevos mitos redentores, como si las ruinas de los pasados no pesaran sobre su fama. Porque la nostalgia holística se alimenta de la percepción generalizada de un proceso continuo de desintegración, de fragmentación del todo en partes, del pueblo en individuos. ¿Y qué es la modernidad, después de todo, sino un big bang crónico, un proceso continuo e imparable de desintegración y recomposición? Desintegración y recomposición de vínculos, comunidades, identidades.

Frente a la realidad o a su percepción exagerada de que nuestro mundo se desmorona bajo los golpes de infinitas causas –del mercado a la inmigración, de las redes sociales al crimen, de la pérdida de la fe a la velocidad de internet–, el populismo ofrece, como hemos visto, una medicina prodigiosa: promete restaurar la comunidad perdida, proteger la identidad amenazada. No importa que su guerra contra la desintegración no la detenga. Lo que cuenta, lo que hace que el populismo sea tan popular, es su oferta de bienes raros y preciosos; bienes que una visión profana del mundo, con modestia, se niega a evocar: sentido y pertenencia, un camino hacia la salvación y una comunidad de destino (Popper, 2014).

Pero el populismo no sólo ofrece una narrativa histórica: la condimenta con una verdadera épica; y lo hace simplificando la realidad, reduciéndola a una lucha eterna entre el bien y el mal. ¿Qué otra epopeya puede competir con ésta? ¿Qué enfoque secular puede calentar corazones y movilizar igualmente pasiones? En este nivel, el populismo no tiene rivales. Su prodigiosa fuerza es la misma que ha alimentado a las grandes religiones durante siglos. Para quien mira el mundo con desencanto, sólo queda desmontar certezas, enfriar ardores, revelar engaños, desinflar pechos. Y dar ciudadanía al individuo, a la razón, a la complejidad.

4. CONCLUSIONES

El pueblo sagrado del populismo y el pueblo profano y secular han estado ahí desde el principio de los tiempos y es probable que, en formas siempre cambiantes, siempre estén ahí, en cada civilización, en cada sociedad y, en última instancia, en el corazón y la mente de cada individuo. Que nos guste uno y que odiemos al otro, hagamos las paces con ello y aceptémoslo. Es ilusorio pensar que habrá un ganador. Ambos se retroalimentan uno del otro. El impulso comunitario y la obsesión holística del pueblo sagrado a menudo se vuelven tan asfixiantes y conformistas que alimentan a un pueblo profano decidido a aflojar su control inyectando dosis más o menos abundantes de pluralismo institucional y libertad individual. A su vez, los efectos a

menudo disruptivos del pluralismo del pueblo profano sobre las culturas y los vínculos sociales, las creencias y las tradiciones, producen por rechazo las sublevaciones identitarias de las que se alimenta el pueblo sagrado: el populismo. Y así, mediante una serie de golpes y contragolpes, acciones y reacciones, ciclos y anticiclos, sin ninguna regularidad ni ley que la guíe, avanza nuestra historia.

¿Significa eso que en el fondo todo es siempre igual, que cambian los actores, pero no la trama y estamos condenados a dar vueltas en círculos como un hámster en una rueda? Pueblos sagrados o profanos, ¿siempre buscaremos el calor y el frío? Para nada: la historia y los conceptos son galaxias diferentes y lo que separan los segundos, la primera mezcla. Salvo casos extremos, la mayoría de los pueblos, ayer y hoy, son tibios: unos tibios que tienden a lo caliente, otros tibios que tienden al frío, temperaturas destinadas a subir o bajar según las circunstancias. Es evidente, sin embargo, que mientras el pueblo populista tiende, para lograr su objetivo escatológico, a destruir al pueblo profano al que atribuye su corrupción, el pueblo profano puede coexistir con el pueblo sagrado siempre que se enfríe un poco y se adapte a su tibio pluralismo, siempre que su fe se reconcilie con el mundo: que se secularize, en definitiva.

Podemos preguntarnos si a lo largo de nuestra historia milenaria hemos dado pasos en esta dirección, si “el pueblo” de hoy es en promedio más templado que el del pasado. También en este caso podría arreglárnelas observando que se han dado algunos pasos, pero que otros tantos se han dado en la dirección opuesta: haría felices a todos, soñadores y apocalípticos, optimistas incurables y catastrofistas mesiánicos. Pero eso sería un guiño deshonesto. De hecho, a riesgo de parecer ingenuo, creo que la democracia moderna, la democracia constitucional liberal, siempre a merced de las olas y en búsqueda de nuevos equilibrios, ha hecho mucho para enfriar al pueblo sagrado, para proteger al pueblo profano de sus asaltos recurrentes. Tal vez por eso, por contestada y detestada que sea, maltratada y vendada que sea, ha derrotado a tantos enemigos y sobrevive a los modelos que pretenden minarla, democracias orgánicas o dictaduras civiles, democracias populares o dictaduras militares, estados confesionales o autocracias iliberales. Cantarle el *Requiescat in Pacem* está de moda, pero es una moda que ya estuvo de moda y luego pasó. ¿Cuántos populistas cultivadores un tiempo de la nostalgia holística invocan hoy las buenas, aunque frías, costumbres del pueblo profano? ¿Cuántos ex fascistas, ex comunistas, ex terroristas, ex fundamentalistas religiosos, ex independentistas e irredentistas imparten, con la punta de un florete, lecciones de democracia a diestro y siniestro? Si es tan odiada, si es tan imitada, si está siempre en crisis, es por sus éxitos, más que por sus limitaciones o fracasos.

¿Cómo se explica? ¿Cómo logró el pueblo profano, cuando lo logró, entre avances y retrocesos, saltos y caídas, desactivar en parte la furia populista del pueblo sagrado? ¿Enredar su impulso monista en su red pluralista, domar su vocación religiosa con dosis masivas de desencanto? Desacralizándolo. Es más fácil decirlo que hacerlo, y aún más fácil que explicarlo: no existe ninguna receta, no hay nadie en ninguna habitación secreta que planifique y cree platos similares. La desacralización del pueblo es un correlato clave del proceso de secularización, que a su vez es un correlato del de individuación, objeto tanto de emulación entusiasta como de resistencia feroz.

Ya sea que la entendamos como un proceso cognitivo, producido por el progreso de la ciencia, como Weber, o que la consideremos fruto de la mayor seguridad producida por condiciones de vida más cómodas, teoría hoy más extendida (Inglehart; Norris, 2012), la secularización suele ser el efecto inesperado de una cadena impredecible de ideas y acontecimientos. Hija ilegítima de la Reforma de Lutero o de Calvino, la primera que, rompiendo la armadura de la cristiandad, abrió las brechas por donde pasó la revolución de las ideas que minaban lo sagrado, ¡no era ciertamente lo que tenían en mente! (Taylor, 2007). Pero nos guste o no, es difícil no darse cuenta de que los pueblos más secularizados son generalmente también los más profanos, los más fríos frente a las sirenas holísticas del populismo, los menos inclinados a morir y matar por su fe, su clase o su raza; los más escépticos sobre la existencia de designios providenciales y leyes de la historia que iluminen el camino de un pueblo elegido y los más abiertos y tolerantes hacia el pluralismo y el cosmopolitismo, el individuo y su autonomía respecto del pueblo. Secularización y desacralización, secularización y democracia caminan paralelas. No es una ley, pero una tendencia, sí. Tanto es así que el reciente auge del populismo viene acompañado en todas partes del retorno de la religión y del retroceso de una secularización que, antaño considerada triunfante, hoy apenas respira.

Por lo tanto, a cada paso adelante del pueblo secularizado, corresponde generalmente un paso atrás del pueblo sagrado y religioso. Y viceversa. La vaga frontera entre ambos, entre el populismo y sus enemigos, es elástica y cambiante. A primera vista, a pesar de los shocks y traumas, los profanos han avanzado mucho. Pero la resaca populista no es menos vehemente y no sólo en todas partes del mundo, donde nación y religión, fe y política, de Rusia a la India, de Indonesia a Irán, vuelven como en el pasado a fundirse invocando a Dios, patria y pueblo: incluso en el corazón mismo del mundo atlántico, incluso en el mundo anglosajón y protestante que fue pionero del pueblo profano (Mokyr, 2018). En las fronteras siempre cambiantes del mundo secular, estalla la reacción sagrada de los pueblos sagrados, a veces en forma de fundamentalismos confesionales, a veces de populismos iliberales, a veces de imperialismos étnicos y territoriales. Nada nuevo ni tan sorprendente: hoy como en el pasado la herencia religiosa, la comunidad

holística, el imaginario orgánico son las armas más poderosas del pueblo uno contra el pueblo plural. Así fue, así es, así se presume será, no porque la historia se repita, pues en realidad nunca se repite, sino porque nunca es del todo nueva.

REFERENCIAS

BERLIN, Isaiah. *Four essays on liberty*. 1969.

CESARI, Jocelyne. *We God's people: Christianity, Islam and Hinduism in the world of nations*. Cambridge University Press, 2021.

DE HAAS, Hein. *How migration really works: A factful guide to the most divisive issue in politics*. Random House, 2023.

ELIADE, M. *El mito del eterno retorno: Arquetipos y repetición*, Alianza, Madrid 2011.

FIGUEROA, Alfonso Jaime García. Derechos de la naturaleza, neoconstitucionalismo andino y ecopopulismo: A propósito de la constitucionalización de los derechos de la Pacha Mama en la República del Ecuador. Parlamento y Constitución. *Anuario*, n. 24, p. 15-46, 2023.

HABERMAS, Jürgen. *Teoría de la acción comunicativa: I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. Trotta, 2023.

HEGEL, G.W.F. *Fenomenología del espíritu*, Abada, Madrid 2010.

INGLEHART, Ronald; NORRIS, Pippa. *Sacred and secular: Religion and politics worldwide*. Cambridge: Cambridge University Press, 2012.

KALTWASSER, Cristóbal Rovira et al. (Ed.). *The Oxford handbook of populism*. Oxford University Press, 2017.

MÉNY, Yves; SUREL, Yves. *Populismo e democrazia*, il Mulino, Bologna 2001.

MOKYR, Joel. A culture of growth: The origins of the modern economy. In: *A culture of growth*. Princeton University Press, 2018.

MUDDE, C. *Populismo. Una breve introducción*, Alianza, Madrid 2019.

POPPER, K. *La sociedad abierta y sus enemigos*. Paidós, Barcelona 2017.

POPPER, K. *La miseria del historicismo*. Alianza, Madrid 2014.

TAYLOR, Charles. *A secular age*. Harvard university press, 2007.

WEBER, Max. *La ética protestante y el "espíritu" del capitalismo*, Alianza, Madrid 2012.

ZANATTA, Loris. *Popolo*. Liber Libri, Macerata 2023.

ZANATTA, Loris. *Bergoglio. Una biografía política*. Laterza, Roma-Bari 2025.

Licença e Direitos:

Repositórios e Ciência Aberta, direitos autorais de Loris Zanatta, 2025, licenciado sob [Creative Commons Attribution 4.0 International License](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

